



HAL
open science

El movimiento antimilitarista en Combate, una lectura crítica de la Transición Historia de la LCR

Aránzazu Sarría Buil

► **To cite this version:**

Aránzazu Sarría Buil. El movimiento antimilitarista en Combate, una lectura crítica de la Transición Historia de la LCR. Viento sur (Madrid), 2017. hal-02145140

HAL Id: hal-02145140

<https://hal.science/hal-02145140>

Submitted on 14 Jun 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

El movimiento antimilitarista en Combate, una lectura crítica de la Transición

Aránzazu Sarría Buil



Para todo aquel interesado en la historia de la izquierda del siglo XX, resulta una evidencia reconocer el papel que desempeñan los órganos de prensa en el conocimiento de la trayectoria de partidos políticos y organizaciones sindicales, tanto más si estos atraviesan períodos de clandestinidad durante los cuales la capacidad de expresión escrita se convierte en sinónimo de resistencia. Esta afirmación es confirmada por quien se acerca al estudio de una organización de la izquierda radical como la Liga Comunista Revolucionaria (IV Internacional) cuya historia se funde con la de su periódico *Combate* (1971-1991), como señalara Miguel Romero, uno de sus más carismáticos fundadores[1]. Sin duda en sus páginas quedan recogidas las ideas que nutrieron la vida de la organización, así como los objetivos sobre los que se cimentaron las estrategias adoptadas o las diferentes expresiones que con el tiempo fue adquiriendo la lucha militante.

Por su duración y regularidad a lo largo del decisivo período que abarca, esta publicación ofrece más que una lectura de la evolución interna de la LCR. Su contenido permite asimismo iluminar escenarios políticos y sociales que han quedado ensombrecidos por la propia historia del proceso de construcción democrática en la medida en que las propuestas, reivindicaciones o movilizaciones que llenaron dichos escenarios se saldaron, como sabemos, con una derrota política. El análisis de la situación de entonces y los retos

asumidos por esa militancia ofrecen, no obstante, elementos de innegable valor para el conocimiento de aquellos años. Tal es el caso del debate en torno al mantenimiento de España en la OTAN que agitó a la sociedad de los primeros ochenta y que constituye, con la campaña del referéndum del 12 de marzo de 1986 como punto álgido, uno de los episodios determinantes de la Transición democrática en clave internacional. O más bien, un episodio en el que el factor exterior se convirtió en uno de los cursores que pautó las directrices de la política nacional al tiempo que propiciaba un pulso en el seno de la izquierda entre dos concepciones del proceso democrático en ciernes.

En los adjetivos parlamentaria y radical quedaron cristalizadas las diferentes culturas políticas de izquierda presentes en el escenario postfranquista, y sus correlativos vínculos entre ideología, discurso político y movilización social. Considerando dicho debate como un espacio de reflexión para la oposición política, queremos adentrarnos en las posiciones y argumentos avanzados por el periódico *Combate* en el período que se extiende entre 1980 y 1986, con objeto de estudiar la crítica del proceso de transición hacia la democracia que la LCR propuso a partir de la orientación y decisiones gubernamentales tomadas en materia de política exterior.

Las múltiples caras del antiimperialismo

La oposición a la entrada de España en la OTAN, la llamada a la movilización contra el mantenimiento de las bases americanas en territorio español y la exigencia de la convocatoria de un referéndum constituyen los pilares del temprano posicionamiento de la LCR expresado en las páginas de *Combate*. En términos de visibilidad política, la organización de la marcha de Madrid a Torrejón del 25 de enero de 1981 convocada junto al Movimiento Comunista (MC) puede ser considerada como la primera de una serie de iniciativas exitosas destinadas a hacer frente a las políticas de defensa de los gobiernos de la Transición. Al haber conseguido una respuesta masiva (una participación de entre 15 000 y 20 000 personas), por encontrarse en el origen de la Comisión anti-OTAN (CAO) y dado el carácter simbólico y ejemplar que fue adquiriendo con el paso del tiempo, esta movilización desempeñó el papel de acto fundador de la incorporación de la izquierda revolucionaria a la lucha por la paz. Ahora bien, la marcha era el resultado de una actividad militante que había comenzado meses antes y que, inscrita en un claro discurso antiimperialista, tenía como objetivo impedir que el gobierno de la UCD llevara a cabo la incorporación de España en la OTAN y negociara la renovación del acuerdo bilateral con los Estados Unidos.

Los primeros pasos de la LCR en el movimiento anti-OTAN remontan a junio de 1979. Tras el ciclo electoral de la Transición que redujo las expectativas políticas de los partidos de la izquierda revolucionaria, tuvieron lugar los contactos con el MC para la creación de una plataforma encargada de elaborar un manifiesto en el que hacer converger las fuerzas políticas y sociales contrarias al alineamiento de la política defensiva de España a los

intereses norteamericanos[2]. El editorial de *Combate* de junio de 1980 titulado “Ni OTAN ni bases USA”, además de formular el carácter indisociable de ambas reivindicaciones, ponía de relieve la apuesta de la LCR por hacer de la cuestión internacional un frente de oposición cuyo campo de operaciones debía sobrepasar el perímetro parlamentario para conectar con el conjunto de la sociedad. De ahí la necesidad explícita de “sacar el debate a la calle” como condición indispensable para iniciar una campaña unitaria en el seno de la izquierda y defender así una estrategia basada en la acción social[3].

En este sentido conviene precisar que el tratamiento de la política exterior constituyó una preocupación omnipresente en este órgano de prensa que contaba con una pluralidad de espacios en los que desplegar una concepción de la lucha contra el imperialismo en todas sus formas. Portada, editoriales, sección política, sección internacional, y contraportada, daban cabida a un antiamericanismo que definía y formaba parte de los rasgos de identidad de la publicación. Componente de la tradición cultural de izquierda y factor de posicionamiento de los sectores de oposición antifranquista desde el inicio de la Guerra fría, ese antiamericanismo experimentó un repunte en los primeros ochenta como respuesta a la política de rearme desplegada por la administración Reagan. Se reactivaron entonces resortes ya presentes durante los últimos años de la dictadura en una parte de la sociedad civil que lamentaba la pérdida de soberanía que había conllevado la relación con los Estados Unidos entendida como “una importante limitación de la libertad nacional, como un peligro para su seguridad y como una pesada y molesta herencia de un pasado que se quería olvidar cuanto antes”[4]. En definitiva, un rechazo rotundo de la política estadounidense que fue alimentado por *Combate*, desde cuyas páginas aspiraba a no caer en la visión simplista que podía derivarse de la hegemonía bipolar, pues para la redacción del periódico tal rechazo no era incompatible con una marcada distancia tanto respecto de las políticas del Pacto de Varsovia como del sueño socialdemócrata de una Europa independiente basada en un neutralismo armado[5].

Si las visitas de los presidentes Nixon y Ford –en 1970 y 1975, respectivamente– habían respondido a la preocupación de Washington ante la inestabilidad que la muerte de Franco podía provocar en el país aliado, la presencia en Madrid de Jimmy Carter los días 25 y 26 de junio de 1980 tuvo como objetivo constatar los cambios del proceso transicional y medir el alcance de sus efectos en las relaciones entre los dos países. Se trataba de afianzar la política atlantista de España, como vía para reafirmar la presencia de los Estados Unidos en el delicado equilibrio geopolítico del área mediterránea, lo que implicaba adaptar la capacidad de acción de las potencias locales a los planes estratégicos de seguridad occidental[6]. Para ello la diplomacia norteamericana buscaba obtener el compromiso de una mayor implicación militar por parte de España y una cierta garantía sobre el

futuro de las bases militares en caso de la llegada de los socialistas al poder. No es casual que fuera con ocasión de esta visita cuando la LCR hizo pública su propuesta a todas las fuerzas obreras del Estado español de lanzar una campaña unitaria antiimperialista y anti-OTAN cuya piedra de toque era la exigencia de convocatoria de un referéndum democrático[7].

En el análisis del ámbito nacional *Combate* proponía un discurso de denuncia con doble alcance: por un lado, la orientación de la política exterior del gobierno de la UCD, acusado de ponerse al servicio del imperialismo americano; por otro, el posicionamiento de la izquierda parlamentaria, juzgado de incoherente, al mostrarse PSOE y PCE favorables a la permanencia de las bases sobre una renegociación de los acuerdos bilaterales. Además de considerar utopistas las condiciones de esta renegociación, tal posición se traducía en disociar la lucha por la desmilitarización del territorio de la negativa a la entrada de España en la OTAN. Las pocas diferencias en la concepción de la política exterior de la Transición que hasta entonces habían separado las posiciones del gobierno y de la oposición parlamentaria se hacían evidentes por los diferentes efectos logrados, esto es, alineación e ilusoria neutralidad, respectivamente.

En cuanto al análisis de la crisis global del sistema político mundial, *Combate* fundamentaba su razonamiento en términos de un internacionalismo de clase y se articulaba en torno al eje discursivo revolución-contrarrevolución. Así, la apertura de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europeas celebrada en Madrid en noviembre de 1980 fue presentada como la oportunidad “para denunciar el creciente compromiso de la burguesía española en su integración dentro de la *defensa militar de Occidente*”, en la medida en que era entendida como moneda de cambio para facilitar la futura entrada en la CEE[8]. En el marco de una línea editorial solidaria con las luchas revolucionarias protagonizadas por el entonces denominado “tercer mundo”, *Combate* no solo denunció la política de intervencionismo militar de los Estados Unidos en América central, Oriente Medio y el Caribe, sino que apostó por la convergencia entre diferentes formas de protesta presentes en el ámbito internacional con objeto de hacerse eco de lo que consideraba una creciente resistencia a la ofensiva militarista del capitalismo. Movimientos de liberación nacional, organizaciones pacifistas, asociaciones de trabajadores y grupos antinucleares constituían los diferentes componentes de un frente común contra un imperialismo cuyo rostro adquiriría una diversidad de formas: desde la carrera armamentística hasta la amenaza de guerra mundial, pasando por programas de austeridad y peligro de destrucción nuclear[9]. Bajo esta óptica deben leerse los numerosos artículos dedicados a explicar la militarización de la economía, a mostrar el “negocio descarado” que suponía la guerra y a denunciar su desarrollo como una etapa esencial de la ofensiva de austeridad del capital y como marco de lectura en el que quedaban inscritas las relaciones entre países exportadores de armas y regiones del tercer mundo importadoras de las mismas[10].

La propia historia de España contribuyó a esta visión mundial proporcionando su propio acontecimiento. El golpe de Estado del 23F supuso un momento clave en la construcción del discurso que aunaba el pasado de la LCR en su lucha antifranquista y el presente crítico hacia la representación parlamentaria de la democracia española, por un lado, con el rechazo de la política norteamericana y de sus intereses en el mundo defendidos mediante el mantenimiento de regímenes dictatoriales, por otro[11]. Buena ilustración de ello fue la cobertura de la visita a España los días 8 y 9 de abril de 1981 del secretario de Estado norteamericano Alexander Haig, responsable de unas desafortunadas declaraciones realizadas la noche misma del golpe en las que valoraba lo que estaba ocurriendo en el Congreso de los Diputados como “un asunto interno de España”. Palabras que fueron interpretadas como una declaración de desentendimiento de lo que podía deparar a la frágil democracia española, abriendo al mismo tiempo la puerta a una serie de especulaciones sobre un supuesto conocimiento, incluso implicación, de los Estados Unidos en la preparación del golpe, que terminaron calando en la opinión pública[12]. A esta lectura contribuyó el discurso del órgano de prensa de la LCR que presentó la visita del responsable de Estado norteamericano como una ocasión para asociar el combate contra la entrada en la OTAN con la lucha ante la amenaza golpista, considerada como un chantaje político[13]. En adelante, las noticias dedicadas al estado de las movilizaciones en la calle aludían a la libertad amenazada, que fue incorporada al discurso militante como un llamamiento reivindicativo más, como se puede leer en el siguiente artículo:

Los trabajadores y los pueblos del Estado español no pueden aislar la lucha contra la OTAN de la enérgica defensa de las libertades frente a cualquier intento de volver a la noche de la dictadura. [...] hay que impedir la nueva escalada golpista, hay que mantenerse alerta frente a cualquier nuevo pacto entre los llamados “poderes fácticos” y partidos como AP y UCD, que supondría un nuevo paso adelante en la consolidación de esa “contrarreforma” que venimos sufriendo desde el 23-F.[14]

En la denuncia de la política desencadenada por el intento de golpe de Estado quedaba legitimado el uso del añadido “El golpismo no pasará” al tradicional lema “¡OTAN no, Bases fuera!” con el que se solían cerrar buena parte de los discursos y textos reivindicativos del movimiento anti-OTAN. La lucha contra la ocupación militar de una parte del territorio español permitía recordar un episodio del pasado en el que la acción colectiva había resultado determinante y reactualizar un eslogan emblemático de lo que había sido la resistencia al fascismo durante la guerra civil. De la misma manera, el reto para la izquierda en este nuevo contexto de crisis era planteado en términos de disyuntiva entre “estimular la voluntad de lucha y de resistencia” contra el golpismo, o dejar que fuera este quien utilizara la crisis en su propio beneficio[15].

Entretanto, la asistencia de entre 35000 y 60000 personas al mitin-festival celebrado el 5 de julio en la Casa de Campo de Madrid permitía a la CAO cosechar un nuevo éxito en términos de apoyo social, convirtiéndose en el principal organismo aglutinador de la campaña anti-OTAN. Si bien para *Combate* esta era una buena ocasión de seguir denunciando la política del miedo creada desde el 23F y de acusar la pasividad de la izquierda parlamentaria en lo relativo a política exterior, la lectura de tal acto tenía sobre todo un costado positivo. La alta participación ciudadana permitía albergar esperanzas sobre la capacidad de acción de un movimiento cuya principal seña de identidad era la diversidad de su composición, como ilustraba la variada lista de convocantes constituida de varios comités anti-OTAN de Madrid, secciones sindicales, asociaciones de vecinos, ecologistas, organizaciones juveniles, grupos feministas, militantes de la izquierda parlamentaria y extraparlamentaria, artistas y profesionales[16].

Las negociaciones siguieron no obstante su curso y la coincidencia del calendario hizo que la adhesión oficial a la OTAN firmada por el gobierno de la UCD el 5 de junio de 1982 compartiera actualidad con una visita a Europa de presidente Ronald Reagan y también con la publicación de las sentencias en el juicio del 23F. Ello explica que la protesta contra la incorporación de España en la OTAN y la lucha contra el golpismo fueran las protagonistas de las reivindicaciones en las marchas organizadas en diferentes puntos de la geografía nacional –Madrid, Barcelona, Sevilla, Granada, Gijón, El Ferrol. La exigencia de un castigo ejemplar para los golpistas era expresada de manera tan firme como la determinación antimilitarista reflejada en el lema “antes para no entrar y ahora para salir”[17].

En esa misma primavera la guerra de Las Malvinas ofrecía un nuevo escenario para denunciar la vigencia de prácticas coloniales y de políticas belicistas basadas en la supremacía militar. De Reagan a Thatcher, la nueva crisis internacional reafirmaba el antiimperialismo de la izquierda revolucionaria como un posicionamiento político que debía guiar al movimiento obrero europeo y que pasaba por enjuiciar la actuación de dos instancias supranacionales: la injerencia de la OTAN en el contencioso que separaba los intereses británicos en el Atlántico sur de los de Junta militar argentina, y la actitud amenazante de la CEE con capacidad de incidir en el desarrollo del conflicto mediante la aplicación del boicot económico. La redacción de *Combate* se hacía eco de las repercusiones de esta guerra en el Estado español mediante una crítica tanto hacia la postura gubernamental consistente en defender el derecho de Argentina a las Malvinas –que habían sido asimiladas a Gibraltar–, como de la equidistancia ante el conflicto reclamada por el PSOE, principal partido de la oposición. Fiel a su internacionalismo, el discurso antiimperialista de la LCR no hacía ninguna excepción en favor de intereses nacionales, más bien al contrario, colocaba al Estado español en el centro de la crítica al trasladar el análisis de la política internacional a la gestión de los territorios de Ceuta y Melilla. La denuncia del

colonialismo español le permitía distanciarse asimismo de las posiciones de quienes –como el socialdemócrata Fernández Ordóñez o el comunista Ramón Tamames– proponían aplazar la entrada de España en la OTAN mientras no se tuvieran garantías para el mantenimiento de estos territorios[18]. Más allá del oportunismo o de la instrumentalización a la que podía prestarse en un momento álgido del proceso de negociaciones para la incorporación a la Alianza Atlántica, la situación de Ceuta y Melilla no dejó de ser una cuestión recurrente para la redacción de *Combate*, como muestra el tratamiento que siguió dando al tema tras dicha incorporación, sellada el 30 de mayo de 1982. Ya con el PSOE en el poder, la postura anticolonialista de la LCR se manifestó en la oposición a los primeros presupuestos generales, calificados “de rearme”, con la consiguiente denuncia de los gastos militares generados por la defensa militar de estas dos “plazas coloniales”[19].

Sin duda fue en el contexto de tensión creado por la crisis de los euromisiles y, sobre todo, tras la ofensiva del despliegue de armas nucleares de alcance medio –los denominados misiles Pershing y Cruise– a partir del otoño de 1983, donde el internacionalismo propio de la LCR encontró un nuevo impulso al conectar con las reivindicaciones y formas de lucha de un movimiento pacifista reemergente a escala planetaria. Y es que en el discurso contra el belicismo de los Estados Unidos y la amenaza de un conflicto nuclear limitado a Europa, el partido reforzó la necesidad de inscribir su acción en el seno de un amplio movimiento europeo contra la guerra del que se consideraba portador. Las páginas de *Combate* ejemplifican la articulación del llamamiento a la solidaridad internacionalista con luchas revolucionarias de liberación – expresadas en el apoyo a El Salvador o Nicaragua[20]– con la apuesta por el pacifismo como uno de los ejes vertebradores de la movilización de masas.

Esta línea política respondía al esfuerzo de clarificación desde el que reconsiderar lo que constituían debates que habían nutrido el pensamiento de la izquierda de los sesenta y setenta, esto es, la legitimación de la lucha armada como táctica política y el papel central del obrero como sujeto revolucionario. Si bien la denuncia de las políticas estatales favorables a gastos armamentísticos –extensible al uso de la energía nuclear– formaba parte de un discurso político cuyo anticapitalismo permitía la articulación con reivindicaciones históricas del movimiento obrero, el vínculo con el pacifismo significaba sobrepasar los contornos de este actor del cambio y llegar a otros sectores de la sociedad. La apuesta por el movimiento por la paz respondía al deseo de desarrollar una acción de convergencia y de ampliar la base social de la protesta, dada su potencial capacidad de radicalización entre los jóvenes y por la dinámica creada con otros grupos (feministas y ecologistas, principalmente). Pero también porque se trataba de un activismo de difícil encaje tanto en la construcción discursiva como en el marco de actuación de las políticas reformistas defendidas por la socialdemocracia y el eurocomunismo, tal y como las tensiones que traslucían de los principales partidos europeos ponían de manifiesto[21].

La traducción de la entrevista publicada en el semanario alemán *Der Spiegel* al historiador británico Edward P. Thompson, militante por el desarme nuclear (CND), y la realizada en Madrid por la propia redacción de *Combate* a Petra Kelly, diputada alemana del Partido Verde –por poner solo dos ejemplos de destacadas figuras impulsoras del movimiento pacifista europeo y defensoras de la no-violencia– testimoniaban de esta preocupación internacionalista de los militantes de la LCR y del interés por mantenerse conectados con la protesta surgida en otros países[22]. Conviene igualmente destacar titulares como “No estamos solos en la lucha contra el rearme y por la paz” donde *Combate* se hacía eco de manifestaciones celebradas en diferentes capitales europeas como Göteborg, Viena, Hannover, Roma, Londres, París, pero también a nivel planetario, en Washington y Tokio. De esta manera, a través de su movimiento antiguerra, el caso español quedaba inserto en una dinámica de carácter internacional en la que no dejaba de ponerse de relieve la ausencia en estas convocatorias por la paz de la izquierda parlamentaria de aquellos países y la participación de sus bases aun en contra de las direcciones de los partidos de filiación[23]. De hecho, la corrección de esta participación marginal por parte de socialistas y comunistas no llegaría hasta la creación del Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad (MPDL) y de la Asociación por la Paz y el Desarme (APD), tibia respuesta del PSOE y del PCE respectivamente al manifiesto apoyo de sus militantes al ideario pacifista.

El posicionamiento ante el rearme se convertía en síntoma de la brecha abierta entre militantes y cúpulas, dando así cuenta de las contradicciones que el pacifismo como ideología estaba ocasionando en el discurso plural de la izquierda europea. Las reflexiones que recoge la revista de pensamiento crítico *Mientras Tanto* son una buena muestra del desafío que para la intelectualidad del izquierdismo de tradición marxista de los sesenta representó el intento de transformación del discurso pacifista en proyecto político[24]. Convertido en terreno de confrontación de ideas y de prácticas de participación ciudadana, el debate en torno a la necesidad de un referéndum implicó algo más que un posicionamiento en favor o en contra de la permanencia de España en la OTAN. Exigió cuestionar todo un utillaje teórico y práctico procedente del pasado en busca de un lenguaje capaz de proponer un discurso y cambios organizativos adaptados a lo que se estaba constituyendo como nuevo cursor de la hoja de ruta de la izquierda, esto es, el lugar del antimilitarismo y el papel que podía desempeñar en el proceso de construcción de una sociedad democrática. En torno al movimiento por la paz se dieron cita una pluralidad de reivindicaciones políticas, sociales y económicas que conectaban una diversidad de retos de difícil delimitación como son el desarme, la democracia participativa, la lucha contra la austeridad o la preservación ecológica del planeta.

De la constatación de estos procesos en el seno de la militancia de izquierda dio cuenta la “Resolución sobre el movimiento antiguerra” de junio 1983

emanada del comité central de la LCR donde quedaron plasmados los criterios que debían guiar la táctica de la organización y que le llevaron a la necesidad de modificar su forma de intervención. La decisión de encontrar un anclaje en el creciente movimiento pacifista se explicaba por el hecho de que constituía el principal movimiento político de masas surgido a finales de los sesenta en los países imperialistas como respuesta a la propia crisis del capitalismo. Dotado de mayor estabilidad que los movimientos de solidaridad y considerado socialmente más profundo, se había convertido en “uno de los principales ejes de politización, radicalización, movilización y organización de la juventud”[25]. Se trataba de impulsar un movimiento lo más amplio posible con el que alcanzar la hegemonía en el seno de la izquierda, para lo que era necesario una implicación de sus militantes que iba más allá de la participación en los comités anti-OTAN creados en el año 81. Para ello, se proponía combinar “acciones ligadas con la situación concreta en cada momento” con “debates de fondo sobre las perspectivas del movimiento”[26]. En esa táctica la función de *Combate* se reveló esencial al hacer las veces de medio informativo, espacio de construcción discursiva y marco privilegiado de transmisión de la actividad militante, como muestran estos dos textos publicados con ocasión de la manifestación convocada para el día 12 de junio de 1983 en Madrid. Sin perder su razón de ser revolucionaria y en adecuación con las medidas tomadas en la resolución en favor de orientar sus iniciativas hacia el movimiento por la paz, se afirmaba:

Pero desde luego si existen posibilidades de unir a este movimiento en una organización unitaria, no será por nosotros por donde se rompa. Los revolucionarios, todos aquellos que estamos contra la militarización de la sociedad, contra las agresiones imperialistas, por el desarme, tenemos el máximo interés en que, al igual que ocurre en el resto de Europa, en este país se configure un movimiento unitario en el que las distintas corrientes tengan su peso específico y confluyan en unas movilizaciones hoy más necesarias que nunca[27].

En definitiva, los revolucionarios queremos estar en primera fila de los que luchan porque el movimiento por la paz en el Estado español sea lo más masivo y unitario posible, porque sea también completamente independiente de la política de bloques. Pero al mismo tiempo, desde dentro de este movimiento y por medio de un debate fraternal, nos esforzaremos porque sectores cada vez más importantes tomen una actitud antiimperialista, antimilitarista y anticapitalista. No es algo contradictorio, sino una de las condiciones de su futuro[28].

La lucha por la unidad seguía constituyendo el compromiso y leitmotiv de una militancia basada en el principio de los frentes de acción. De ahí que cuando la Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas (CEOP) se constituya en julio de 1983 reuniendo a más de cuarenta colectivos y asociaciones por la paz, el apoyo, la participación y la iniciativa de la LCR en este nuevo instrumento de confrontación política y social serán incuestionables,

convirtiéndose a través de su activismo en la CAO en uno de sus principales promotores.

La unidad para la acción

En la lucha antifranquista y frente al sectarismo característico de las prácticas de las organizaciones de la izquierda radical en los sesenta y setenta, la LCR se había desmarcado en favor de una política favorable a la unidad de acción con otros grupos de la extrema izquierda. Los límites, como señala Martí Causa, eran definidos por diferencias de estrategia, el uso de la lucha armada y la participación en las plataformas de oposición democrática[29]. Con ocasión de la preparación de su VI Congreso celebrado en enero de 1981, uno de los temas que más debates internos suscitó fue la propuesta de construir un partido revolucionario “en el que deben encontrarse todos los sectores que hoy luchan por la revolución, en base a un acuerdo fundamental sobre las tareas centrales, nacionales e internacionales, que exige y exigirá la toma del poder por los trabajadores”[30]. Tal propuesta suponía posicionarse ante la corriente crítica surgida del PSUC y definir las relaciones con el MC valorando las posibilidades de convergencia y afirmando una voluntad de colaboración[31].

El peso de las diferencias de entonces imposibilitó que fraguara una convergencia partidaria pero la voluntad no cejó. Desde esta reflexión sobre espacios políticos y en sintonía con una línea sensible a la concepción de un frente de masas como alternativa al partido, debe entenderse la labor realizada en los primeros ochenta desde *Combate* en favor de una campaña tendente a conseguir la unidad de la izquierda. Por ello, cuando el precio de la vía reformista como referente político del pasado más inmediato ya era valorado en términos de desmovilización, con un PSOE en la oposición y con aspiraciones al poder, el lector del periódico militante podía leer:

Corresponde a la izquierda activa, a esos sectores que ya han sacado las lecciones de la transición y del porqué se vió (*sic*) frustrada la ruptura democrática, la tarea de responder al instinto de lucha y a la combatividad que vuelven a abrirse camino en las filas del movimiento obrero.

Pero para que esa izquierda activa juegue un mayor papel y vea compensados sus esfuerzos, es preciso que logre una mayor unidad en su seno. [...] las distintas corrientes que coincidimos en esos objetivos debemos ir forjando frentes para la acción que ofrezcan una alternativa capaz de combatir el desencanto y el miedo[32].

Entre los objetivos a los que se alude en la cita se encontraban las tradicionales luchas de clase contra el paro y los despidos, el rechazo del centralismo en favor de los derechos de las nacionalidades y la defensa de las libertades democráticas amenazadas por el golpismo, a los que se sumaba la reanudación de las acciones contra la permanencia de España en la OTAN y

los presupuestos de guerra del gobierno. En efecto, en clave nacional, la convergencia en la acción que había constituido la actividad en la CAO a lo largo de su primer año de lucha, se había convertido en una experiencia favorable para la izquierda radical que permitía albergar la esperanza de abrir un nuevo ciclo de movilizaciones. Precisamente la legitimidad de la Comisión anti-OTAN residía en haber sabido responder mediante la movilización al desfase creado entre el posicionamiento de las fuerzas políticas mayoritarias representadas en el parlamento de un lado, y la opinión de un amplio sector de ciudadanos y movimientos sociales por otro[33]. Lo que era interpretado como una fractura entre la izquierda parlamentaria y la izquierda revolucionaria constituía un capítulo más en el enfrentamiento que al final de la dictadura había opuesto a la LCR y su postura en favor de la ruptura, con el bloque pactista integrado por el PCE y los grupos integrantes en la Junta Democrática. El atlantismo de la transición vino a prolongar, acentuándola, la fractura provocada por el pactismo en el seno de la lucha antifranquista, convirtiéndose en el nuevo nudo gordiano de los debates donde quedaron amarrados los diferentes sectores de la izquierda.

En la tarea de buscar confluencias y ampliar la base social del movimiento, el papel de *Combate* se reveló esencial en tanto que espacio abierto y ofrecimiento de la LCR en pro de una renovación y ampliación de la izquierda revolucionaria que respondía a un esfuerzo de clarificación política y de unidad interna. Frente a los peligros de dispersión y sectarismo, la LCR abogó por la construcción de frentes unitarios en los que articular la lucha de una serie de fuerzas heterogéneas críticas con el proceso democrático y que incluían a partidos políticos (PCC, MC, LCR), corrientes nacionalistas radicales (Herri Batasuna, BNPG, Nacionalistes d'Esquerra), sindicatos y movimientos sociales como el antinuclear, el feminista o el vecinal[34]. En consecuencia, la propuesta de unidad que la LCR defendió en los primeros ochenta confirmaba lo que constituía una seña de identidad de la organización al tiempo que expresaba la aspiración a articular la política de partidos con la acción de movilizaciones sociales. Representaba, en definitiva, la oportunidad perdida de un proceso de transición cuyo éxito reposaba en haber generado la dinámica contraria, esto es, disociar luchas políticas y acción social y provocar una "necesaria marginación de la ciudadanía" de la que derivaría el distanciamiento de la sociedad respecto del sistema político y la posterior crisis de los partidos del consenso[35].

A lo largo de la campaña contra la OTAN y tras el "otoño caliente" de 1983, el movimiento pacifista confirmó su función de elemento vertebrador de la movilización ciudadana europea y en torno a él se fueron planteando los términos del debate sobre posibles alianzas. Si en el ámbito europeo el carácter masivo de la protesta y el apoyo de la opinión pública no habían conseguido frenar la espiral armamentística, en el ámbito nacional, la exigencia de un referéndum que planteara claramente la salida de la OTAN seguía sin respuesta por parte del gobierno socialista. En la tarea de

replantear la estrategia del frente antiguerra, la mirada desde *Combate* estaba puesta en la confluencia con el movimiento obrero: “la estrategia a seguir es la de imponer la retirada de los misiles, la reducción de los gastos militares y la desnuclearización, de forma unilateral, mediante la acción de masas en el corazón del sistema capitalista: en las fábricas”[36]. La lectura de la militarización de la crisis aunaba la inseguridad militar, provocada por la amenaza nuclear, con la material, surgida de la aplicación de políticas de austeridad[37]. Una estrecha relación que ponía en evidencia la crisis de un modelo de crecimiento económico cuyos efectos eran denunciados en términos de un trasvase de capitales hacia sectores más rentables: incremento de gastos militares, procesos de reconversión industrial, paro, disminución del poder adquisitivo y recorte de presupuestos sociales.

Junto a la incorporación de la clase obrera a la lucha por la paz, numerosas y constantes son las llamadas a la unidad de la izquierda y a una amplia movilización social desde las páginas del periódico. Se insta a salir a la calle en cada ciudad y en cada pueblo, para después hacerse eco del ciclo de manifestaciones que cifra y describe en su diversidad. Carreras, cadenas humanas, marchas, sentadas, charlas, mítines, festivales, acampadas daban forma a una protesta que ganaba en pluralidad y creatividad conforme se consolidaba la organización y avanzaba la coordinación territorial del movimiento en los años 1984 y 1985[38]. Avance y consolidación que debían hacer frente a nuevos retos a medida que el gobierno explicitaba su posición en busca de un consenso parlamentario: favorable al mantenimiento en la OTAN como una lógica indisociable a la entrada en el Mercado Común y reticente a la celebración de un referéndum.

Tras largos meses de declaraciones en los que la ambigüedad y la indefinición habían sido la tónica, este giro atlantista tomaba la forma de un “Decálogo sobre política de paz y seguridad” presentado en el debate sobre el Estado de la Nación celebrado en octubre de 1984, para ser confirmado en el XXX congreso federal del PSOE apenas dos meses después. En el transcurso del mismo el liderazgo de Felipe González consiguió contrarrestar la falta de precisiones sobre el proyecto de permanencia, mermando las condiciones para que pudiera desarrollarse el debate emprendido desde las bases. Las tesis de la corriente crítica Izquierda Socialista, representada por Pablo Castellano y defendida en el pleno por Antonio García Santesmanes, consistían en apoyar la convocatoria de un referéndum para cumplir con el compromiso electoral adquirido en 1982 y en mantener la postura defendida entonces en favor de la salida de la OTAN en aras de la neutralidad histórica del partido^[39].

La “estafa electoral” con la que la LCR denunció la promesa incumplida y el definitivo abandono del posicionamiento anti-OTAN del gobierno venía a ratificar la ruptura de la alianza inicial entre el PSOE por un lado y grupos antimilitaristas y amplios sectores de la opinión pública, por otro. Pero además ponía sobre la mesa la cuestión de la legitimidad democrática, revelando

profundas diferencias que alejaban la concepción de una democracia más participativa y de una Europa más solidaria con el tercer mundo y los países del Este, del repliegue gubernamental basado en el argumento de la soberanía nacional y la defensa de Occidente[40]. La asimilación de la CEE a la OTAN era denunciada desde los editoriales de *Combate* en un intento de frenar los efectos de la importante maquinaria mediática desplegada desde el poder con el objetivo de incidir en la opinión pública e invertir el resultado de las encuestas:

[...] nos vamos a ver enfrentados cada vez más abiertamente con el ofrecimiento de la CEE como la gran contrapartida a los compromisos contraídos en el terreno militar (y que ya sabemos que impiden la declaración de zona desnuclearizada para la Península Ibérica). Ante esta baza demagógica va a ser necesario que tanto el movimiento por la paz como el movimiento obrero rechacen la vinculación entre un tema y otro, y emprendan una labor de explicación y denuncia de lo que significa una Europa de “mercaderes”, que empieza exigiendo reconversiones industriales salvajes, perjuicios para los agricultores y facilidades para sus monopolios, y que termina imponiendo como condición para acogernos en su seno la permanencia en la OTAN y el silencio frente a los euromisiles[41].

Finalmente, todo ello exigía un esfuerzo de definición de las fuerzas políticas y sociales implicadas en el debate. En consecuencia, al adquirir la forma de un enfrentamiento directo contra el gobierno, los redactores de la publicación vaticinaban una etapa más difícil para el movimiento por la paz debido a la política de desgaste y a la intoxicación informativa desplegadas desde el PSOE. Alertaban asimismo de la importancia de paliar con urgencia “la gran diferencia existente entre capacidad de movilización y convocatoria, y capacidad organizativa de las organizaciones pacifistas”[42]. En este sentido, *Combate* no dejaba de marcar las distancias con el limitado objetivo de las Mesas por el referéndum –cuya mayor representación corría a cargo del PCE–, constituidas en el verano de 1984 para reclamar la celebración de un referéndum con carácter vinculante. En cambio, la CEOP seguía representando para la LCR la expresión de un frente defensor del ideario antimilitarista más amplio tanto por el alcance de sus reivindicaciones (neutralidad, salida de la OTAN, desmantelamiento de las bases, reducción de gastos militares), como por la confluencia sectorial que había favorecido (sindicatos, asociaciones de vecinos, organizaciones juveniles, grupos de mujeres). El ala más combativa del movimiento dirigida por la izquierda revolucionaria preconizaba una línea de acción que asumiera abiertamente un carácter antigubernamental y en la que el referéndum fuese entendido como una batalla, y no la final, de la lucha por la paz[43].

El éxito de participación en las actividades convocadas por la CEOP constituía indudablemente logros organizativos que legitimaban la acción de la coordinadora. La marcha del 3 de junio de 1984 en Madrid, la V Marcha a Torrejón del 25 de marzo de 1985 o las multitudinarias manifestaciones

pacifistas con ocasión de la visita oficial de Reagan a España en mayo de 1985, fueron auténticos hitos en la movilización ciudadana de la transición política[44]. No escondían, sin embargo, las dificultades a las que el movimiento por la paz debía de hacer frente dada la gran diversidad ideológica presente en su interior. El II Encuentro Pacifista celebrado en Barcelona en marzo de 1985, del que *Combate* se hizo eco, puede servir de ejemplo[45]. Ahora bien, si la pluralidad interna era valorada como la garantía de una coexistencia de fuerzas procedentes de la izquierda revolucionaria (como MC y LCR) o de sectores antimilitaristas y pacifistas, sin que ninguna de ellas se erigiera en portavoz oficial del movimiento, también podía convertirse en un elemento condicionante de su propio futuro. Suponía un desafío para asumir la responsabilidad de una lucha política que se alargaba en el tiempo y lo hacía en un contexto cada vez más enconado. Por ello, afrontar la campaña por el referéndum en el marco de una primavera calificada de “ofensiva por la paz”, significaba para la LCR:

[...] exigir de la Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas una serie de pasos adelante en el terreno organizativo, que permitan: reforzar su imagen y protagonismo a nivel estatal, atender más regular y concretamente a iniciativas financieras o de construcción de una infraestructura en las diferentes nacionalidades y regiones, conseguir una mayor presencia en los medios de comunicación, etc. etc. Y exigirá también un esfuerzo por conseguir la mayor unidad posible con todas las fuerzas y organizaciones que quieran luchar por la salida de la OTAN y la neutralidad; lo cual es perfectamente compatible con la crítica y la dureza hacia quienes prefieren dejar de lado la unidad o sólo les interesa si les permite capitalizar la actividad del movimiento pacifista hacia particulares intereses electorales[46].

En noviembre de 1985 la vitalidad de la CEOP se manifestaba en una reunión celebrada en Zaragoza donde cerca de setenta colectivos y coordinadoras pacifistas se dieron cita. Entre las resoluciones tomadas se encontraba la realización de concentraciones frente a las Cortes de Madrid y en las delegaciones de Gobierno en el resto de las ciudades el día del inicio del debate parlamentario sobre política exterior para exigir una vez más una consulta a través de una pregunta clara con carácter vinculante[47].

La convocatoria del referéndum para el 12 de marzo de 1986 fue la primera conquista política del movimiento por la paz. Ante lo que se consideraba el resultado de un cálculo político por parte del presidente de gobierno, la LCR se posicionó en favor de una campaña electoral de masas cuyo objetivo era ganar el referéndum. Para ello era necesario reforzar el movimiento pacifista y apostó por una política de alianzas en torno a la CEOP, espacio de confluencia y encuentro en el que depositó el protagonismo y el contenido de la campaña, respetando las especificidades de los apoyos que pudieran tener lugar en cada nacionalidad o región[48]. Además de la unidad, la movilización en la calle y la contraargumentación ante el decisivo despliegue mediático del partido gubernamental fueron los otros pilares en los que se basó la campaña,

como indican los diferentes artículos publicados en la sección Primer Plano de *Combate*, que volvía a una periodicidad quincenal a partir de diciembre de 1985.

El pulso contra el gobierno entró en su recta final en 1986. Titulares como “Una campaña para ganar”, “Preparando la victoria” o “Las mentiras del sí”/“Las razones del no” del Especial OTAN del 15 de febrero, dan cuenta de la necesidad de contrarrestar tanto el control informativo de los medios de comunicación ejercido por el PSOE, como los efectos ocasionados por la campaña paralela mantenida por la Plataforma Cívica liderada por el PCE. La incógnita del resultado exigía analizar los dos escenarios posibles y en ambos sobresalía el desafío de garantizar la continuidad del movimiento pacifista. Con la derrota del 12 de marzo la moral de victoria que había caracterizado el transcurso de la campaña en su recta final se convirtió en una victoria moral, tal y como era valorada por el amenazante editorial “Nos veremos las caras”. El texto aparecía precedido de una papeleta del “No” en la que se ponían de relieve los siete millones de votos conseguidos (el 39,8%), expresión de lo que era interpretado como un triunfo político. El 52,5% de los votos favorables a la permanencia habían conseguido dar un vuelvo a los sondeos, mostrando la eficacia de la estrategia plebiscitaria utilizada por Felipe González.

Sin dejar de denunciar “la inmoralidad de los vencedores en las urnas”, considerados responsables de la manipulación y del miedo, *Combate* encajaba el resultado desde la necesidad de reforzar el papel de la izquierda combativa. Rechazando la idea de que esta pudiera ser la última batalla de la Transición, afirmaba: “se trata de seguir luchando contra la OTAN y el militarismo, adaptándonos a las nuevas condiciones, pero manteniendo el carácter del movimiento, de masas, unitario, activo en la calle, organizado en colectivos de base y en los organismos centrales que los estructuran”[49]. Una declaración de intenciones que avalaba la política desarrollada por la LCR a lo largo de los cinco años de campaña, al tiempo que intentaba ofrecer una línea de continuidad a su recorrido antimilitarista.

Poco después la CAO convocaba la VI Marcha a Torrejón, se creaba la coalición Izquierda Unida y el PSOE confirmaba su mayoría en las elecciones legislativas de junio. Un tiempo de adaptaciones se abría para todos aquellos que habían participado en el movimiento anti-OTAN y que iban a experimentar la pérdida de protagonismo político del movimiento por la paz. Una pérdida a la que los actores procedentes de la izquierda revolucionaria, tendrían que sumar el impacto del minoritario apoyo que sus proyectos políticos podían recabar, muy alejado de la capacidad de convocatoria que la acción conjunta con los movimientos sociales había demostrado.

Conclusiones

Combate es una fuente decisiva para conocer el tratamiento de la izquierda radical del contexto internacional de la Transición y un referente crítico en el

debate que dividió a la sociedad española en torno a la OTAN. En tanto que órgano de prensa de la LCR, la redacción de este periódico buscó acercar a su militancia a las cuestiones de defensa y de política exterior abordadas en el marco de las preocupaciones de la lucha anticapitalista. Con el tiempo se convirtió en vector de introducción de una cultura pacifista y en uno de los principales actores del proceso de ampliación de fuerzas sociales organizadas en el movimiento por la paz.

En efecto, la larga duración de la campaña contra la entrada primero y el mantenimiento después de España en la OTAN supuso un período decisivo en la construcción de una alternativa revolucionaria en el seno de la LCR que respondía al doble esfuerzo de clarificación política y de unidad interna. A lo largo de sus páginas *Combate* elaboró un discurso antimilitarista que reafirmaba su posicionamiento contra el imperialismo. Se constituía además en eje vertebrador de una lucha destinada a cuestionar los fundamentos mismos del sistema transicional y a responsabilizar a la izquierda parlamentaria de la brecha abierta entre clase política y direcciones de los partidos por un lado, y sectores militantes y bases sociales, por otro.

Entre 1980 y 1986 el combate contra el atlantismo permitió a la LCR articular una crítica a la política reformista de la Transición en la que las posturas rupturistas defendidas durante el final de la dictadura quedaron conectadas con la denuncia contra el golpismo tras el 23F, con el apoyo a los movimientos de liberación nacional, y con las protestas antibelicistas y antinucleares surgidas en los países europeos como consecuencia de las políticas de rearme emprendidas en aquellos años. Se trataba de una confluencia reivindicativa en el ámbito de la izquierda que tensó las relaciones entre los partidos representantes del sistema político y aquellos que se encontraban fuera del mismo desde donde cuestionaban el tipo de democracia que se estaba configurando. El amplio ciclo de protesta social abierto por la lucha antimilitarista del movimiento por la paz prolongó el proceso político transicional hasta la celebración del referéndum de la OTAN. Valorar el impacto de esta experiencia colectiva resulta indispensable para comprender el carácter y la trayectoria de las militancias radicales y las luchas alternativas que en sus diferentes formas han podido sucederse desde entonces.

Aránzazu Sarría Buil, Université Bordeaux Montaigne

* Quisiera expresar mi agradecimiento a Jaime Pastor por sus indicaciones sobre los archivos de la LCR y a Pepe Mejías por haberme facilitado el acceso a los mismos y por su disponibilidad durante la consulta.

[1] Miguel Romero, “El choque [contra la Transición]” en *La izquierda contra el Franquismo. Viento Sur* n°115, Año XX, marzo 2011, p. 56; Equipo

Cartografías de Culturas Radicales (coord.), *Memoria de Combate. (Auto) biografía oral de Miguel Romero*, Moro, Madrid, Postmetropolis Editorial-Viento Sur Ediciones, 2015, p. 71.

[2] Pablo Socorro Arencibia, *La última batalla de la Transición: las organizaciones del movimiento anti-OTAN*. Trabajo de final de Máster en Historia y análisis sociocultural, julio 2015, p. 22 y ss. y p. 32.

[3] “Editorial Ni OTAN ni bases USA”, *Combate* n°198, 18-24 de junio de 1980, p. 3.

[4] Alexandro Seregni, “Antiamericanismo y democracia”, en Oscar José Martín García y Manuel Ortiz Heras (coord.), *Claves internacionales en la Transición española*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2010, p. 143. Resulta pertinente el análisis propuesto sobre las diferentes razones que explican el sentimiento antiamericano en la derecha y en la izquierda políticas. No podemos, sin embargo, compartir la consideración del autor de una significativa ausencia en el discurso antiimperialista de referencias al contexto de tensión bipolar agudizada durante el período de la Transición (p.133) pues el estudio de un periódico como *Combate* muestra bien lo contrario. Sobre la gestión norteamericana de dicho sentimiento entre los españoles, consultar en la misma obra colectiva la aportación de Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, “‘After Franco, What ?’ La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación del posfranquismo”, en Oscar José Martín García y Manuel Ortiz Heras (coord.), *op.cit.*, p. 99-127.

[5] “A la Manifestación del 15 en Madrid. Llamamiento del Comité Ejecutivo de la Liga Comunista Revolucionaria”, *Combate* n°249, 11-18 de noviembre de 1981, p. 3.

[6] “El área mediterránea estaba cada vez más cerca del área atlántica”, afirma Manuel Ortiz Heras quien propone algunas pistas de reflexión sobre el impacto de la Guerra fría en la tercera ola democratizadora en un contexto en el que el control del Mediterráneo suscitaba el interés de las grandes potencias. “La Transición, un asunto doméstico por excelencia ?...pero exportable”, en Oscar José Martín García y Manuel Ortiz Heras (coord.), *op.cit.*, p. 22. Desde una perspectiva intervencionista que entiende la militarización del Mediterráneo (Turquía, Grecia, Marruecos, Oriente Medio) a finales de 1980 y comienzos de 1981 como una línea de fuerza indisociable de la política de Estados Unidos en Europa, en Joan E. Garcés, *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Madrid, Siglo XXI, 2012 (1996, primera edición), p. 210-211.

[7] “Contra la OTAN. Ante la probable visita de Carter a España”, *Combate* n°197, 11-17 de junio de 1980, p. 5. Sobre la exigencia de un referéndum, “Editorial. No a la OTAN. Referéndum”, *Combate* n°199, 25 de junio-1 de julio de 1980, p. 3.

[8] “Ni bases USA, ni ingreso en la OTAN. Ante la apertura de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea”, *Combate* n°210, 13-20 de noviembre de 1980, p. 15.

[9] “Europa no quiere ser Euroshima”, *Combate* n°247, 28 de octubre-4 de noviembre de 1981, p. 1 y p. 14.

[10] El número importante de artículos dedicados a estas temáticas hace que nos limitemos a indicar algún ejemplo representativo de cada una de ellas: “La OTAN quiere un ejército ‘moderno’”, *Combate* n°266, 2 de abril de 1982, p. 6; “Ni OTAN, ni bases, ni nucleares. ...de entrada 787.132.101 pesetas al día para gastos militares!!”, Portada *Combate* n°273, 4 de junio de 1982; “Contra la guerra, contra el rearme, contra la OTAN”, *Combate* n°249, 11-18 de noviembre de 1981, p. 8-9; Luis Hita, “Aprobados los 2,3 billones para el Ejército. Un presupuesto de guerra”, *Combate* n°269, mayo 1982, p. 5.

[11] En la noche del 23 al 24 de febrero, la LCR realizó un llamamiento a la huelga general en defensa de las libertades democráticas amenazadas. El día 24 se publicaron dos especiales de *Combate* de dos páginas cada uno, titulados “Detener el golpismo” y “Depurar o hasta la próxima” que exigían el procesamiento de los responsables.

[12] Misael Arturo López Zapico, “Anatomía de ‘un asunto interno’. La actitud del gobierno estadounidense ante el 23F”, *Ayer* n°84, 2011, p. 196. Especulaciones sin crédito, según el autor, pero que sirvieron de “excusa perfecta” a quienes se empeñaron en implicar en el golpe a los Estados Unidos.

[13] “Haig viene a Madrid. Un amigo de los golpistas nos visita”, *Combate* n°225, 26 de marzo-2 de abril de 1981, p. 2.

[14] “A la Manifestación del 15 en Madrid...”, *Combate* n°249, *art.cit.* p. 3.

[15] Editorial, “Las coordenadas de la crisis”, *Combate* n°270, 14 de mayo de 1982, p. 2.

[16] Editorial, “Que no, que no, OTAN no (ni bases, por supuesto)” y “OTAN no, bases fuera”, *Combate* n°238, 8-14 de julio de 1981, p. 2 y p.16. *Combate* cifraba la participación al acto en más de 50000 personas. Sobre el funcionamiento de la CAO como organismo coordinador de grupos de base y principal estructura organizativa de un movimiento que se concebía autónomo, unitario, politizado pero no partidista en Gonzalo Wilhelmi, *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición (1975-1982)*, Siglo XXI, Madrid, 2016, p. 317-318.

[17] “Ayer para no entrar y hoy para salir” y “¡Malvenido, mister Reagan!”, *Combate* nº273, 4 de junio de 1982, p. 3; “Contra la OTAN y el golpismo: ¡marcha!”, *Combate* nº274, 12 de junio de 1982.

[18] “Thatcher fuera, OTAN no”, *Combate* nº270, 14 de mayo de 1982, p. 7; “Las Malvinas y la política exterior española”, *Combate* nº271, 21 de mayo de 1982, p. 7.

[19] Editorial, “Defensa radical de la Paz”, *Combate* nº310, 9 de junio de 1983, p. 3.

[20] Un ejemplo en “A la Manifestación del 15 en Madrid...”, *Combate* nº249, *art.cit.* p. 3.

[21] “El movimiento pacifista puede tener una dinámica antiimperialista y anticapitalista (y antiburocrática), lo que se manifiesta, entre otras cosas, en las contradicciones que crea en la corriente socialdemócrata y eurocomunista (y en el estalinismo prosoviético). Por su carácter internacional, puede convertirse también en una escuela de internacionalismo para un amplio sector de sus militantes”, Comité Central de LCR, “Resolución sobre el movimiento antiguerra”, *Cuadernos de Sociología* nº12, junio de 1983, p. 7-9. (Doc. 7.22) <http://cdn.vientosur.info/Capitulo%...> .

[22] “Crece la oposición a la guerra en Gran Bretaña. ‘La gente se despertará con una terrible resaca’”, *Combate* nº273, 4 de junio de 1982, p. 10. Recordar que Edward P. Thompson fue el coordinador de *Protest and survive*, Penguin Books, 1980, publicado en España por Hermann Blume en 1983. Lucio González, Ignacio Rubio y Carmen Vela, “Veinte minutos con Petra Kelly (y Gert Bastian)”, *Combate* nº337, 7-15 de marzo de 1984, p. 7-9.

[23] “No estamos solos en la lucha contra el rearme y por la paz”, *Combate* nº273, 4 de junio de 1982, p. 7. En lo que se refiere al PSOE, la constatación de ese doble posicionamiento es temprana y anterior a la amplitud que el movimiento por la paz adquirió conforme avanzaba la década de los ochenta. Así, un artículo, entre otros muchos, que pone de relieve la contradicción entre la convicción atlantista encubierta de la dirección del partido y los sentimientos anti-OTAN de las bases socialistas en Luis Hita, “¿De entrada, qué?”, *Combate* nº247, 28 octubre-4 noviembre de 1981, p. 3.

[24] Un ejemplo en la polémica que recoge el artículo de Mariano Aguirre, “Los intelectuales orgánicos de la OTAN o el pacifismo al zoológico”, *Mientras tanto* nº18, marzo de 1984, p. 50. Se trataba de una respuesta al artículo titulado “El pacifismo como ideología” de Josep Ramoneda publicado en el suplemento cultural de *La Vanguardia* el 6 de diciembre de 1983, p. 39.

[25] Comité Central de LCR, “Resolución sobre el movimiento antiguerra”, *art cit.*

[26] *Ibid.*

[27] J.L. Pérez Herrero, “Crece el movimiento por la paz. Contra la OTAN y las bases: Madrid por la paz y el rearme”, *Combate* n°309, 2 de junio de 1983, p. 5. Otros ejemplos a propósito de la 2ª Conferencia por el Desarme nuclear europeo celebrado en Berlín occidental: “Crece la marea pacifista en Europa”, *Combate* n°307, 19 de mayo de 1983, p. 8.

[28] Editorial “Defensa radical de la Paz”, *Combate* n°310, 9 de junio de 1983, p. 3.

[29] Martí Causa, “La LCR y la izquierda radical (1966-1975)”, *Viento Sur* n°115, marzo 2011, p. 55.

[30] “Hacia el VI Congreso de la LCR”, *Combate* n°204, 17-23 de septiembre de 1980, p. 10 y *Combate* n°205, 24-30 de septiembre de 1980, p.10. La cita en Jaime Pastor, “Del debate constitucional al triunfo electoral del PSOE (1978-1982)”, en Martí Causa y Ricard Martínez i Muncada (eds.), *Historia de la Liga Comunista Revolucionaria (1970-1991)*, La Oveja Roja, Madrid, p. 119-120.

[31] Martí Causa, “Gobierno PSOE: cambio de ciclo y reorientación (1982-1985)”, en Martí Causa y Ricard Martínez i Muncada (eds.), *op.cit.*, p. 134-135.

[32] Editorial “Las coordenadas de la crisis”, *Combate* n°270, *art.cit.*

[33] Un distanciamiento que, como hemos visto, era avalado por la asistencia masiva a los actos convocados por la comisión, como las 50000 personas presentes en el mitin-festival del Día anti-OTAN celebrado en la Casa de Campo de Madrid el 5 de julio de 1981.

[34] Jaime Pastor, “La izquierda revolucionaria y la lucha por la unidad”, *Combate* n°273, 4 de junio 1982, p. 6.

[35] Joan E. Garcés, *Soberanos e intervenidos*, *op. cit.*, p. 219-221.

[36] Carmen Vela, “Nuevas perspectivas del movimiento pacifista europeo”, *Combate* n°337, 15 de marzo de 1984, p. 10.

[37] Sobre las diferentes dimensiones de la crisis de la idea de seguridad, Jaime Pastor, “Movimientos sociales y nuevas demandas políticas: el movimiento por la paz”, *Revista de Derecho Político*, núm. 34, 1991, p. 228.

[38] “En la calle, 200.000 personas se han puesto de acuerdo”, *Combate* n°346, 24 de mayo 1984, p. 5; “Medio millón”, *Combate* n°348, 7 de junio 1984; *Combate-Zutik!*, “2D: El movimiento

pacifista cubrió sus objetivos”, *Combate* n°364, 7 de diciembre 1984, p. 5; “La consolidación de un movimiento pacifista autónomo”, *Combate* n°367, 18 de enero 1985, p. 5; entre otros.

[39] Carlos Angel Ordás, *OTAN de entrada No. El PSOE y el uso político de la integración española en el Pacto Atlántico o cómo hacer de la necesidad virtud, 1980-1986*, en Carlos Navajas Zubeldía y Diego Iturriaga Barco, *España en democracia. Actas del IV Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2014, p.298-299. El análisis sobre el caso de los socialistas almerienses es ilustrativo del liderazgo que desempeñó Felipe González. Mónica Fernández Amador y Áurea Vidal Gómez, “El debate sobre la OTAN entre los socialistas de Almería”, en Carlos Navajas Zubeldía (eds.), *Actas del IV Simposio de Historia Actual*, Vol. 2, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2004, p. 929-944.

[40] C. Vela, “¿Psotan ? de entrada, No”, *Combate* n°347, 21 de mayo de 1984, p. 9 y Editorial, “Las sinrazones del ministro de la guerra”, *Combate* n°368, 25 de enero de 1985, p. 3.

[41] Editorial, “Referéndum, OTAN y CEE. Una ‘conversión’ y un chantaje”, *Combate* n°370, 8 de febrero de 1985, p. 3.

[42] Jaime Pastor, “Consenso sí; referéndum, ya veremos”, *Combate* n°359, 2 de noviembre de 1984, p. 4 y A. Flórez, “Más de 100.000 personas en Madrid contra la OTAN”, *Combate* n°364, 7 de diciembre de 1984, p. 5.

[43] “Reflexiones tras la Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas”, *Combate* n°369, 1 de febrero de 1985, p. 5.

[44] P.K., “Medio millón”, *Combate* n°348, 7 de junio de 1984; Manolo Gari, “5ª marcha a Torrejón”, *Combate* n°370, 8 febrero de 1985, p. 5.; y Editorial, “Las protestas contra Reagan, Una esperanza en la lucha por la paz y contra el gobierno”, *Combate* n°381, 10 de mayo de 1985 p. 3.

[45] Además del rechazo o aceptación de la violencia, otros temas polémicos fueron “el papel de las superpotencias, la valoración de las conversaciones con Ginebra, de la presencia de Vietnam en Camboya, de la URSS en Afganistán y Etiopía, las posibles ventajas del Mercado Común, la aceptación de la consigna ‘no a la mili’ etc.”, “Segundo Encuentro del Movimiento por la Paz” y “Experiencias, métodos y perspectivas del Movimiento por la Paz”, *Combate* n°376, 22 de marzo de 1985, p. 5.

[46] Editorial, “Después del 5 de mayo”, *Combate* n°380, 3 de mayo de 1985, p. 3.

[47] U. Farnes, “Resoluciones de la Coordinadora Estatal Pacifista”, *Combate* n°399, 29 de noviembre de 1985, p. 4.

[48] M. Garí, “Una campaña para ganar”, *Combate* nº403, 1 de febrero de 1986, p.5. El VII Congreso celebrado en julio de 1985 había confirmado la importancia adquirida por los movimientos sociales en la política de alianzas que el partido debía seguir en aras de una convergencia en la acción, Martí Causa, “Gobierno PSOE: cambio de ciclo y reorientación (1982-1985)”, *op. cit.*, p. 145-146. Las decisiones tomadas sobre el papel central de la CEOP y la política de alianzas durante la campaña en los documentos del Comité Central de la LCR, [“Seguimiento y desarrollo de la resolución del último CC sobre la campaña referéndum para salir de la OTAN”](#), *Boletín Interno* nº 2, actas del CC de 15-16 de diciembre de 1985, p. 10-16. (Doc. 8.10) <http://cdn.vientosur.info/Capitulo%...>; y [“La campaña electoral del Referéndum OTAN”](#), *Boletín Interno* nº 3, 1 y 2 de febrero de 1986, p. 14-21. (Doc. 8.15) <http://cdn.vientosur.info/Capitulo%...>

[49] Editorial “Nos veremos las caras”, *Combate* nº406, 18 de marzo de 1986, p. 5.